

LAS BRUJAS DE CACHICHE

Manuel Antonio Saponara Curotto
Departamento de Ciencias Sociales
Universidad de Puerto Rico en Arecibo

En la apacible campiña del valle de Ica al sur del Perú se encuentra un lugar llamado Cachiche. Son muchas las leyendas de corte sobrenatural que narran historias de aparecidos, de hombres sin cabezas y hasta una en que el mismísimo Satanás se vio en apuros y prometió no volver jamás a sus diabluras por los parajes cachichanos. Todo esto y mucho más, es fruto del ingenio popular que con el tiempo y la imaginación se ha ido tejiendo en torno a esta legendaria villa, cuna de los más renombrados brujos y brujas que se han dado en el Perú. Lo que voy a contarles lo sabemos gracias a la tradición oral que los amautas se encargaron de transmitir, generación tras generación, y que, inexplicablemente, los cronistas no han recogido en sus escritos.

Hacia el año de 1245 los naturales de la zona de Cachiche eran ya muy conocidos y temidos por sus poderes mágicos, tanto que hasta el más pequeño de ellos era venerado por los habitantes de los pueblos circunvecinos; no había disputa que no fuese sometida al juicio sabio y justo de cualesquier cachichano, ni deseo de éstos que no fuese rápidamente complacido por sus interlocutores. Así trascurrieron más de dos siglos hasta que las huestes incaicas asomaron por el valle de lo que es hoy Ica. Ni el inca Pachacutec con toda su grandeza y ferocidad pudo someter a los cachichanos, pese a que éstos no usaban ningún tipo de armamento, pues cada vez que el inca amenazaba con su poderoso ejército sobre las llanuras que rodeaban la aldea, la misma se esfumaba ante la atónita mirada de los invasores.

Siete veces intentaron tomar el poblado y pedir a sus habitantes que jurasen fidelidad al soberano y, tantas fueron las veces que se vieron burlados por arte de magia. Finalmente, el Inca desistió de sus propósitos y por consejo de sus amautas, quienes le dijeron que la zona era aillpa cachani (tierra salada), abandonó para siempre sus deseos de conquistar Cachiche. Corría el mes de ayamarca del año de 1460.

Nunca antes los cachichanos habían tenido necesidad de recurrir a sus poderes sobrenaturales para defenderse y con ello tornarse en personajes de interés por el resto de días que les tocó vivir. Su virtud era la humildad. No tenían apego a los bienes materiales y la guerra era la negación misma de su razón de ser. Frente a estas amenazas del mundo que les circundaba, su ánimo decayó, al extremo que, poco a poco, se iban desintegrando.

Así, unas veces desaparecían de sus cuerpos ya sean las manos o los brazos, piernas u ojos, hasta que finalmente se extinguían. Esta era su forma de morir. Es por ello que no se ha encontrado cementerio alguno con los restos de los primeros cachichanos, ya que no eran seres terrestres ni tampoco inmortales. Lo que ocurría en ellos era una desintegración molecular progresiva que, paralelamente, se iba reconstituyendo en otra dimensión para formar un nuevo ser. Este proceso de desintegración-muerte e integración-nacimiento tomaba aproximadamente dos meses.

Ya para 1520 eran muy pocos los que quedaban. Si tenemos en cuenta su capacidad de conocer el futuro, no es de dudar que sabían del fin del imperio Azteca y del Inca. Desde fines del reinado del inca Yawarhuaca, Otip, el Supremo Regidor de los cachichanos, había anunciado públicamente el fin del incario a manos de “hombres grandes y peludos.” También sabían que cuando ello ocurriese, ya no estarían sobre la

faz de la Tierra. Por algunos años la profecía se olvidó y fue el inca Huayna Capac quien la trajo a la memoria de sus súbditos durante la Convención de Quito y, posteriormente, en su lecho de muerte. Hacia 1526 los cachichanos originales se habían extinguido y no habían dejado descendencia.

En la Tierra se multiplicaban mediante un proceso mental en donde la pareja procreadora juntaba la yema de los dedos de la mano derecha y se iniciaba entonces una transfusión de fluidos a manera de intercambio y, era entonces cuando, recíproca y simultáneamente decidían cuántos seres iban a procrear. Era una especie de “coito dedal”; un ritual que sólo realizaban una vez en su vida terrenal y el número de vástagos que procreaban no excedía de cinco ni era menor de dos. Este “coito dedal” tenía una duración de aproximadamente veinte minutos, e iba acompañado de violentos temblores a la par que cambiaban de colores. Terminado el acontecimiento, comenzaban a formarse durante dos meses las diferentes partes del cuerpo, equivalentes al número de hijos que habían decidido tener.

Cachiche quiere decir hoy “tierra de brujos”, pero realmente es una interpretación errónea, puesto que los primitivos cachichanos no eran pitonisos, ni cosa por el estilo. Para Wernher von Kaschuscha, eminente arqueólogo teutón y estudioso profundo de la materia en cuestión, los cachichanos eran seres extraterrestres que habitaron el último periodo de su existencia un poco más al norte, en lo que hoy se conoce como Saraja. Sin embargo, el parasicólogo inglés Richard Pitty no está de acuerdo con el erudito alemán, y argumenta que, en estado de trance, le fue permitido echar una mirada retrospectiva al periodo que cubre desde el año de 1150 al 1520, y pudo ver muy bien que, tanto Cachiche como Saraja, estaban habitados simultáneamente y que, mientras los

cachichanos eran altos y anaranjados, los sarajeños eran como el común de los habitantes que poblaron los confines de lo que es hoy el Perú. Cuenta la leyenda que antes de extinguirse, Nihcnauj, el último de los cachichanos del periodo primitivo, predijo que los futuros pobladores de la zona heredarían algunos de sus poderes como consecuencia de que el ambiente retendría un ápice de los mismos, los cuales serían absorbidos por las gentes futuras, quienes no sabrían explicarse de dónde les provenían dichas facultades. Y que un día en los siglos venideros, un cachichano sería el centro del interés mundial, pues se convertiría en la fuente alterna de vida para la perpetuación de la especie humana, en su variante cachichana. (Homus Cachichanus).

Cuando las tropas chapetonas al mando de Jerónimo Luis de Cabrera pasaron por el valle de Ica, allá para el año de 1563, decidieron establecer allí un poblado y desarrollar plantaciones de vides y algodón, dadas las bondades del clima seco y la calidad de la tierra. Poco a poco se fue colonizando la zona, particularmente en dirección sur, hasta llegar a lo que antiguamente los incas denominaban Cachiche. Narran los primeros pobladores hispanos que una tarde, mientras buscaban estacas, se tropezaron con un anciano de apariencia similar a la de ellos, quien les dijo dónde podrían encontrarlas. Les señaló en dirección hacia el antiguo poblado y les manifestó: “en Cachiche las hallaréis”. No dejó de llamarles la atención dicha persona, ya que no la recordaban como parte del grupo colonizador; pero después de unos días se olvidaron del anciano.

Siguiendo la dirección señalada, encontraron infinidad de estacas y un riachuelo de aguas cristalinas, tan diáfanas, que cuando se introducían en ellas podían verse la infraestructura de sus cuerpos y las de sus animales. En un principio esto les causó

espanto y lo tomaron como “cosa del diablo,” pero, con el transcurso del tiempo, se acostumbraron a ello y dejaron de darle importancia. Desde entonces se conoce la palabra “Cachiche” en el idioma castellano. En su obra “La Verdadera Historia de la Colonización de Cachiche,” (Sevilla, 1702), el cronista Peyo Boladura y Muchohueso, narra que para 1575 habitaban la región 723 colonos y, desde entonces y hasta 1681, no asomó nadie que deseara establecerse en dicha zona. El poblado se convirtió en un ente autárquico gracias al olvido al que los tenían relegados las autoridades virreinales de Lima y a extraños poderes de los que, poco a poco, comenzaron a dar muestra algunos de los nuevos cachichanos.

Tan pronto comenzó su gobierno el virrey don Francisco de Toledo marchó en dirección a las serranías del Perú. Para suerte de los cachichanos se olvidó de visitarlos de tal manera que los pobladores pudieron seguir desarrollando sus industrias y prosperar. Una mala tarde de 1584, revisando los Registros de Asentamientos en las oficinas virreinales, un burócrata encontró el enclave de Cachiche en dirección de la costa sur de Lima. Trajo este infeliz la atención de su excelencia quién, después de consultar con el Tesorero Real el estado de las finanzas coloniales y descubrir que nunca habían recibido de dichos habitantes ni el quinto real ni el sagrado diezmo, decidió visitar a estos “evasores contributivos,” que además eran irreverentes.. Pronto, Estado e Iglesia acordaron salir en dirección al valle de Ica, a fin de cumplir con su función administradora y su misión evangelizadora.

Partió una comitiva encabezada por el mismísimo Conde de Villar Don Pardo, cien alabarderos de escolta y cincuenta de a caballo, amén de su Ilustrísima el Arzobispo

y siete monseñores, además de algunos miembros de la Real Audiencia acompañados de sus escribanos y justicias así como del Intendente Real.

Llegaron después de casi diez días de viaje por desiertos y escasos valles, con las bestias muertas de sed y ellos prácticamente agotados como consecuencia de las inclemencias del clima seco y un sol abrasador. Permanecieron en el poblado de Cachiche por espacio de trece días. Durante este tiempo se dedicaron a censar a la población, cobrar los tributos no devengados, nombrar autoridades edilicias, bendecir la parroquia y su capilla, inspeccionar las plantaciones de algodón y quedar deslumbrados ante los viñedos florecidos que hacían posible la elaboración de vinos y aguardiente de uva, una delicia que los chipoteaba después de unas cuantas libaciones. Por fin decidieron el regreso a Lima, cosa que hicieron llevando consigo las peluconas de ley y sendas botijas de aguardiente. Lo cierto fue que los colonos quedaron esquilados y se prometieron así mismos enviar puntualmente las susodichas contribuciones, a fin de evitar que los de Lima repitiesen la visita. De aquí en adelante Cachiche tuvo apellido: de Todos los Santos: Cachiche de Todos los Santos. Ocurrencia de su Ilustrísima, ya que así quedaba el lugar bajo la protección de la mismísima Corte Celestial.

Lo que todos ellos ocultaron a los visitantes fue lo relacionado con los poderes que iban adquiriendo y las propiedades mágicas del riachuelo; se aterraban de sólo imaginarse que podían ser llevados ante la Santa Inquisición, acusados de brujería o pacto con el diablo y, ante la posibilidad de ser sometidos a los rigores del interrogatorio o terminar en la hoguera. La visita de los encopetados les dejó un mal sabor. No querían volver a saber de ellos así que acordaron reunirse todos los años en el aniversario del desgraciado suceso para, mancomunadamente, rechazar la presencia de dichos

personajes. Y así, durante casi dos siglos por razones que en Lima nadie podía explicar, el gobierno dejó de visitar Cachiche de Todos los Santos, pero no dejó de percibir ni el quinto ni el diezmo, los cuales llegaban con puntualidad inglesa.

Por medios que no hemos podido conocer el gobierno de Lima se enteró de los poderes sobrenaturales de los cachichanos y dio conocimiento de ello a la iglesia, la cual reaccionó *festina lenta* y, después de un conciliábulo, acordó con el gobierno dispersar a los cachichanos por los confines del planeta antes de que tuviesen el mal pensamiento de sacudirse del yugo colonial. Una madrugada, más de trescientos cincuenta tropas reales al mando de un sargento mayor rodearon la villa y sacaron de sus lechos a los apacibles villanos, sin hacer caso del llanto de los niños, ni de las lágrimas y alaridos de las mujeres, ni de las blasfemias y procacidades de los varones. Todos fueron subidos en carretones y con fuerte escolta de caballería llevados hacia el norte, en dirección al puerto de Pisco, el cual conocían dado que por ese lugar los productores de aguardiente de uva exportaban su bebida, la cual había adquirido la denominación de Pisco por dicha circunstancia geográfica. Todo esto aconteció a mediados del Siglo XVIII, en vísperas de llegar Carlos III al trono de España.

Pero lo que las autoridades virreinales habían pasado por alto era la capacidad mental que tenían todos los cachichanos para comunicarse telepáticamente. Tan era así que mientras eran embarcados en lanchones desde las playas de Pisco hasta los navíos que esperaban mar afuera, el deseo vehemente de los exiliados era que por algún suceso extraordinario, Cachiche atrajera la atención del mundo para no caer en el olvido. Los mil doscientos tres deportados se alejaron de las costas del Perú la tarde del 30 de julio de 1759. La partida fue sombría y acompañada de malestares de la propia naturaleza, tanto

que el comandante de la nao “Nuestra Señora de las Sorpresas” consultó con el vicealmirante Chiquitín González de Alcántara, comandante del galeón “Imperial”, la conveniencia de posponer el momento de zarpar, pero González estaba decidido a dar por terminado este negocio a cualquier precio y, haciendo honor a su fama de intrépido, se hizo a la mar, dando escolta a su compañera de travesía y a su secreta carga. Fue ésta una de las muy pocas y raras veces en que la Corona española deshabitó un pueblo y, siguiendo el ejemplo de los Césares, desperdigó por los confines de su imperio a sus súbditos. Nunca se supo dónde fueron desembarcados los cachichanos, pues este negocio de Estado ha sido guardado con tanto celo, que ni los investigadores más eminentes de Norteamérica y el Viejo Mundo han podido dar con el paradero final de dichas personas.

En el Archivo de Indias no se ha encontrado nada sobre el particular ni en los Registros Marinos de Génova hay anotaciones sobre “Nuestra Señora de las Sorpresas”. Sí aparece en los Archivos del Foreign Office de Inglaterra una nota concerniente al galeón “Imperial”, correspondiente a marzo de 1773, donde se consigna su participación en el combate del Canal de La Mona en aguas del Mar Caribe cuando, escoltando a la flota de Portobelo, hizo frente al galeón “Seawolf”, del terrible corsario inglés Francis Puig. Se presume que ambas naves se hundieron, pues nunca retornaron a puerto; pero el esfuerzo y sacrificio de la nao española rindió frutos, ya que la flota pudo arribar a Cádiz sin perder un doblón o un lingote de oro o plata. En las Memorias del virrey José Antonio Manso de Velázco, Conde de Superunda, no aparece mención alguna sobre el rapto de los cachichanos. Pareciera que este hecho nunca ocurrió. Lo que hemos narrado lo sabemos en virtud de un mensaje que apareció dentro de una botella de vino moscatel en las costas de África en el año de 1899. El mismo fue entregado al Almirantazgo inglés

por el comodoro John Hendricks, quién lo halló por casualidad mientras pescaba y, fue guardado en el archivo por no pasar de ser “una mera curiosidad”. Años más tarde fue subastado en Londres y comprado por el cónsul del Perú, por el precio de tres chelines y enviado con mucho sigilo al gobierno de Lima.

Indudablemente el referido mensaje tuvo que ser redactado por uno de los secuestrados, quien de seguro, en un descuido de sus captores logró escribirlo y lanzarlo por la borda. La firma, casi ilegible, parece decir el apellido de Fernández o algo parecido.

Con la consolidación de la República y en posesión de tan terrible secreto, el gobierno peruano se cuidó de que el caserío de Cachiche no se constituyese en un centro densamente poblado. Los gobiernos temían que aquellas tierras albergaran algunas reminiscencias de aquellos poderes sobrenaturales de sus primeros pobladores. Alentó por ello la creación de fundos y haciendas en su entorno a fin de que los pobladores se esparciesen, no fuese que juntos conspirasen en contra del gobierno central. Desde entonces y hasta la fecha, esa ha sido la política pública, sobre todo cuando han imperado regímenes de carácter dictatorial.

En agosto de 1980 apareció en un periódico de Puerto Rico la noticia de que un místico había profetizado ante una multitud delirante de aleluyas, que en un lugar de Sudamérica llamado Cachiche, ocurrirían cosas extraordinarias y que serían las señales del fin del mundo. Lo mismo, o algo parecido, había manifestado un rastafari en el Lejano Oriente, en uno de sus momentos de alucinación. En Lima los periódicos reprodujeron la información en sus páginas interiores, en un pequeño recuadro, a manera de algo pintoresco. Sin embargo no fue hasta la mañana del 28 de febrero de 1986,

cuando las primeras planas de los periódicos del Perú y el mundo electrizaron a la humanidad: Enemías Robles, un varón a carta cabal, natural de la legendaria y misteriosa Cachiche, había concebido, no se sabía cómo. El acontecimiento convirtió a Cachiche en el foco de atención y por unos días dejaron de serlo metrópolis como Londres, Washington o Moscú. El Tercer Mundo atrajo el interés mundial con algo que no era precisamente la hambruna, la deuda externa, las epidemias o un golpe de Estado.

Había aparecido, en el Milenario Perú, una fuente alterna de vida, algo que despertaba el encono de sus vecinos al verse privados de tan excepcional privilegio. Los más renombrados biólogos y ginecólogos de las sociedades industriales liaron sus bártulos y conocimientos, amén de las eminencias cardenalicias, y se encaminaron hacia Cachiche del Perú. El Brasil reclamó parte del honor alegando que la bisabuela de Enemías había sido una esclava brasileña introducida por los “peruleros” de contrabando al Perú y comprada por un señor de ingenio que se negaba a aceptar la abolición de la esclavitud y la caída de la monarquía.

El 4 de marzo comenzaron a llegar al Aeropuerto Internacional de La Tinguíña ingente cantidad de periodistas mezclados con sabios, ávidos de encontrar una explicación racional a tan cacareado suceso. Pronto los hoteles iqueños se llenaron a capacidad. El alcalde ordenó engalanar la ciudad, el rector de la universidad decretó una semana de receso académico, y el prefecto mandó que las fachadas de las casas se pintasen de amarillo, e izasen en sus techos el pabellón nacional. Las viejas señoronas adornaron sus balcones con mantones de Taiwan y organizaron suculentas pachamancas en honor de los distinguidos huéspedes. Las calles se vieron más limpias que nunca y el gobierno central organizó un sistema de crédito a fin de que los propietarios que no

habían podido terminar de hacer sus casas lo hicieran, ya que inconclusas constituían un atentado contra el ornato y buen gusto de la ciudad. Sólo las fiestas de la vendimia igualaban en entusiasmo y derroche al ajetreo que estaba generando la aparición del “hombre-madre,” como se le llamaba ya a Enemías Robles.

Las opiniones respecto al suceso estaban encontradas. Las mujeres sostenían que Enemías tenía que ser hermafrodita, pues de otra manera no había explicación a su embarazo. Las ex-novias y compañeras de aventuras del desdichado “hombre-madre” se esfumaron por arte de magia. Los homosexuales argumentaban, a viva voz, que Enemías tenía que ser uno de ellos y que el suceso era una prueba palmaria de sus capacidades para ser madres. Terminaron organizando un abrir y cerrar de ojos, con gran algarabía, un desfile de comparsas donde no faltaron las extravagancias y lucieron los vestidos más audaces que hasta entonces se habían visto en la “Villa de Valverde”. La indignación del párroco de la catedral y del clero, así como de las personas “honorables y decentes” de la ciudad, alcanzó límites insospechados. Otros le achacaban la culpa al papá, por ser “un degenerado, mujeriego y alcohólico,” y alegaban que esto no era sino “castigo del cielo.”

A mediados de mes el Supremo Gobierno nombró una Comisión de Sabios, integrada por tres senadores y cinco diputados, dos representantes del Poder Ejecutivo y dos del Judicial, los Decanos de las Escuelas de Medicina y el Ministro de Justicia, amén de los delegados del arzobispado y de la diócesis, a la cual se les unirían in situ, y como miembros ex officio, el prefecto, en su calidad de representante personal del Presidente de la República, y el alcalde de la ciudad. A última hora se adhirió una delegación de las Fuerzas Armadas a fin de demostrar la unidad de las instituciones nacionales. La

Comisión fue recibida a la entrada de la ciudad por su Ilustrísima, el Obispo, y las diversas órdenes monacales; además de las autoridades académicas, cívicas y militares. Ingresaron a la plaza de armas, solemnemente y bajo palio, las autoridades militares en uniforme de gala luciendo sus condecoraciones y cintas multicolores y las civiles en chaqué, sombrero de tarro y bastón, precedidos por la banda municipal de músicos, seguidos de infinidad de mataperros, canillitas y cuanto badulaque pululaba por la ciudad, además de sorprendidos perros realengos y sarnosos; todos, al unísono, marcando el paso a los acordes de los aires marciales. Aquello fue algo verdaderamente apoteósico, los lugareños no salían de su asombro y los padres de la patria se sintieron el centro de atención; sólo uno de ellos escapó de los homenajes, no porque pecara de humildad, sino porque de repente empezó a sentir los estragos de un par de tamales picantes y tres vasos de chicha de jora que había ingerido por la carretera en su trayecto desde la capital hacia Ica. Afortunadamente, el malestar lo sintió antes de llegar a la catedral, donde escucharía solemne Te Deum. Pudo refugiarse, a paso ligero, en el baño de la casa de uno de los prohombres del pueblo, quien rebosaba de orgullo ya que su hija sería la encargada de entregar un ramo de flores a la esposa del presidente de la “Comisión Presidencial Encargada de Clarificar el Misterio y el Status del Hombre-Madre,” según rezaba el Decreto Supremo emitido por el gobierno. Después de la visita de urgencia que hiciera el diputado al baño, la vanidad del anfitrión alcanzó el éxtasis y, si antes casi no miraba a sus compueblanos, después de este suceso se tornó ciego y mudo llegando casi a prohibir a los miembros de su familia que usaran el retrete utilizado por el émulo de Solón. Vanidad de vanidades.

Mientras tanto en Cachiche, Enemías Robles había optado por no salir de su casa ni de su dormitorio. La última vez que tuvo la necesidad de ir a la pulpería a comprar dos tarros de leche evaporada, los muchachos del barrio, al verlo pasar, comenzaron a gritarle una serie de improperios que atentaban contra su honor. Para algunos era “un pisa blandito,” para otros “un come huevo” y así por el estilo. Hasta la familia estaba siendo vejada y se habían convertido en el hazmerreír del pueblo. Su hermana Gertrudis no soportó la afrenta de tener un hermano maricón y, no sólo lo desconoció, sino que inició gestiones en el juzgado para cambiarse el apellido, a la par que decidió fugarse con el novio lo más lejos posible. La madre no hacía otra cosa sino llorar y, el padre estaba tan iracundo que poco faltó para que sufriese una trombosis; Inocencio, el hermano menor, inocente al fin y con tan sólo seis años de edad, salía a jugar a la calle como de costumbre mientras los vecinos morbosos cebaban su curiosidad bombardeando a preguntas al candoroso párvulo.

Enemías no sabía qué hacer y no encontraba una explicación a su desgraciada situación, pues estaba seguro de no haber tenido una relación con otra persona de su mismo sexo, en el supuesto de que un varón pudiese quedar en estado interesante. Por el contrario, eran muchas las muchachas que habían compartido sus ardores juveniles desde que a la edad de catorce años, junto a otros compañeros de correrías, se inició con una puta llamada Talía, en el prostíbulo de Los Papayos. A su memoria acudió el recuerdo vivido de aquella primera vez en que vio a una mujer desnuda. Serían como las siete de la noche de aquel verano en que las escuelas habían entrado en receso por tres meses. Conseguir que papá le prestase el auto y dirigirse con algunos amigos al burdel, era algo que había planeado desde mucho antes. Cuando los exámenes finales estaban en curso, la

ansiedad lo consumía y la impaciencia por encontrarse frente a una damisela en cueros, era algo que iba más allá de lo que podía imaginarse. Pues hasta entonces sus elucubraciones eróticas terminaban en vicios solitarios. Después de su primera experiencia sexual se convirtió en un asaltante de virtudes y en un putaño, tanto que su fama de don Juan y arrecho, hacía que las madres decentes cuidaran que sus hijas no fuesen a trabar amistad con tal personaje; decían que compartir con él era un descrédito al buen nombre y un atentado a la moral. Además, Enemías no pintaba como buen partido por no poseer título universitario y era un triste arrendador de una chacra donde cultivaba frutos menores y cocinaba ladrillos.

Por más que Enemías se esforzaba y devanaba los sesos pensando cuándo y cómo había quedado embarazado, no hallaba respuesta a tan inquisidora pregunta; sólo podía ser “castigo del cielo” a su vida desordenada y a su ausencia consuetudinaria a la misa dominical.

Desde lo más profundo de sus entrañas Enemías Robles rechazaba de plano que el cielo se ensañara con él, al menos no en esta forma. Aunque reconocía que a veces Dios castigaba “sin palo y sin fuate.” De sólo imaginarse ser el blanco de las iras divinas, se le escarapelaba el cuerpo. Ese angustioso dilema existencial lo llevó a solicitar una entrevista en su casa con el señor párroco, por intermedio de su piadosa madre. El cura respondió de manera tajante que lo atendería el sábado en la noche y en el confesionario.

Enemías albergaba la esperanza de que el médico que le había diagnosticado “estado de preñez excepcional,” se hubiese equivocado. Aunque era un ferviente devoto del doctor Agapito Junchaya, ahora ponía en duda su fe; el galeno era humano y, como tal, susceptible de cometer errores. En medio de toda esta batahola, se le había hecho un

acercamiento por intermedio de un allegado, para que se presentase en un circo en Lima, con la promesa de llevarlo después en una tournée triunfal al Luna Park de Buenos Aires; además de ofrecerle un buen salario, un por ciento de los ingresos y convertirlo en una vedette internacional por el tiempo que durase el embarazo. Esto fue el colmo y la familia por poco mata al atorrante que se atrevió a cometer semejante falta de respeto, haciendo proposiciones indecorosas y ausentes de sensibilidad. Desde entonces, y como medida profiláctica, los familiares de Enemías optaron por no dejar que nadie se acercase por los predios, a menos que fuese alguien autorizado para ello.

Los días transcurrían y llegó el esperado sábado. Sería algo más de las diez de la noche cuando, sigilosamente, los padres del desdichado lo sacaron escondido en un canasto de ropa sucia y se dirigieron a la parroquia. Allí estaba, impaciente, el padre Duque, quien rápidamente les abrió la puerta de la sacristía tan pronto oyó los toques convenidos. Después de las buenas noches de rigor y de observar al contrito muchacho a quien ya se le notaba un poco abultado el vientre, lo conminó a que lo siguiera hacia el confesionario, testigo mudo de terribles e insospechados secretos, que sólo un oído privilegiado, por designios de Dios, era susceptible de escuchar. Enemías le confesó sólo pecadillos, cosas de poca monta, que le daban hasta vergüenza mencionárselos a alguien que esperaba oír de él hechos inauditos. Al dejar de hablar, el padre Duque incrédulo y expectante le preguntó si era todo lo que debía decirle. Y aquél contestó tímidamente: sí, padre. Tres Avemarías y cinco Padrenuestros fue la penitencia impuesta, amén de las consabidas amonestaciones. Había en la voz del cura un tono de decepción. A fin de cuentas ni Enemías ni el cura sacaron nada en limpio; si acaso, el primero, la conciencia más tranquila.

Poco a poco comenzó a notarse una gran afluencia de vehículos que se detenían frente a la casa de los Robles. Sus ocupantes se apeaban y rápidamente se introducían a casa de Enemías. La sala era pequeña y ya se notaba la sobrepoblación; los papás del muchacho trataban de ser amables con todos y cada uno, pues confiaban que los desconocidos descifrarán el misterio y les devolviesen, a ellos y a su hijo, la tranquilidad y la normalidad. Allí se encontraba la flor y nata de la intelectualidad y el científicismo escoltados por las dignísimas autoridades, quienes se habían convertido en un estorbo. Pero había un problema, Enemías había jurado no dejarse tocar por nadie que no fuese su médico de cabecera, el tal Junchaya. Este contratiempo incomodó a las eminencias grises, algunas de las cuales, sin mucho protocolo, optaron por abandonar la casa y dirigirse al Hotel de Turistas o a algún hospedaje en Cachiche, en espera de que el objeto de su curiosidad mudase de ánimo arguyendo que los cambios de temperamento eran propios del “estado” del muchacho.

Enemías había sido terminante: ni fotos ni autógrafos. El chico no quería saber nada de nada. Su entrevista en el confesionario no le había arrojado luz sobre la causa de su condición., y la consejería espiritual del padre Duque no había sido muy productiva. Apenas había pronunciado unas cuantas palabras acerca de los insondables designios de Dios y finalizando con una trémula exhortación a la resignación. Total, se decía, si no es cosa del cielo, tiene que ser del infierno; seguro que el diablo estaba de por medio. Mientras meditaba sobre su problema existencial, oía entremezclados los murmullos ininteligibles que provenían de la sala. En la calle los más agresivos y persistentes eran los periodistas, que en su afán de obtener primicias, entrevistaban a cuanto vecino y desconocido asomaba las narices por los alrededores. Esto dio oportunidad para que los

cachichanos dieran rienda suelta a su prolífica imaginación y comenzaran a vomitar cuantas barbaridades se les ocurriesen. Algunos pedían discreción pero otros exigían que sus nombres fuesen incluidos en la noticia, particularmente a los corresponsales extranjeros.

El colmo del sensacionalismo lo dio un diario italiano al publicar, en primera plana, que se había enterado por boca de una amiga muy allegada a Enemías, el por qué de su embarazo. Según Teresa, Enemías quedó encinta la pasada noche del 31 de diciembre cuando, encontrándose en estado de ebriedad como resultas de los festejos de Año Nuevo no tuvo erección para satisfacer las exigencias de su amiga Carmela y, pese al apremio y a las artes de la fogosa fémina se quedó profundamente dormido. Carmela tomó esto como un insulto, un desaire imperdonable, siempre había sido solicitada y nunca antes se había ofrecido abiertamente a nadie. La muchacha, que además de sus dotes amorias poseía poderes sobrenaturales, frustrada y ebria de venganza le hizo un fufú a Enemías y, pronunciando ciertos conjuros en lengua extraña le dió de beber una pócima desconocida. Se sospecha que se trataba de “agua de chuchas,” cuyos efectos, variados e impredecibles, son devastadores cuando se ingiere en estado de ebriedad. Luego lo dejó abandonado en un pastizal mientras convulsionaba. Para sustentar esta teoría el periódico indicaba que era harto conocido que los familiares de Carmela eran reputados brujos y que la muchacha misma era una promesa en las artes ocultas; tan era así, que los políticos más encumbrados de la República acudían a su casa en Cachiche, amparados en la oscuridad de la noche, a realizar consultas sobre sus futuros o en busca de fórmulas que los sacaran de múltiples entuertos.

En la hipérbole de la exageración e incredulidad, se comentaba que en una ocasión fue visitada, secretamente, por los enviados de un cardenal criollo a fin de que le predijese sobre sus posibilidades de llegar al papado, en víspera de un viaje a Roma con motivo de la muerte del Sumo Pontífice. Lo cierto es que en cada metrópoli y aldea sobre la faz de la Tierra se hablaba sobre Enemías y los misterios de Cachiche y las conjeturas y especulaciones eran de toda índole. La prensa sensacionalista publicaba los más descabellados titulares y formulaba las más disparatadas teorías, algunas de las cuales eran de carácter ofensivo, grotesco y cuando no, supranatural y absurdo.

La noticia alarmó en El Vaticano a la Curia Romana que de inmediato cursó instrucciones al Nuncio en Lima para que se procediese a exorcizar a Enemías. Se comisionó al padre Jovito quien, además de tener fama de santo, había sacado par de diablos en Bolivia. El padre Jovito y su ayudante acudieron una noche a la casa de Enemías para llevar a cabo su cometido y; después de explicarle a los compungidos padres su misión, procedieron con la ceremonia del “saca diablo”, como le decían los cachichanos. Lo único que sacaron los doctos visitantes fue poner más nervioso a Enemías y producirle una descomposición de estómago. Al abandonar la casa iban como “alma que lleva el diablo” y como si les apestase el mundo.

Mientras tanto, Enemías seguía en el desasosiego y pidiéndole al Todopoderoso una solución honorable a su condición Sólo el cielo podía resolver su situación o en su defecto el médico Junchaya. Los sabios internacionales optaron por reunirse con éste y a través de traductores intercambiaron impresiones e información. Al finalizar la entrevista colectiva las dudas, lejos de aclararse, habían aumentado y, en la mente de algunos

comenzaba a abrirse paso la incredulidad, cuando no la sospecha, de que “algo andaba mal”.

Escarbando aquí y allá, los periodistas lograron captar una que otra palabra suelta, y fueron armando el rompecabezas de su imaginación y pariendo un sin fin de supuestos y sin sentidos. Había en el ambiente algo que podría ser una bomba y destruir ilusiones y matar reputaciones y fama. ¿Y si lo de Enemías era un fraude, un ardid publicitario? . La verdad no se sabría hasta tanto el muchacho no fuese auscultado rigurosamente y se le hicieran todas las pruebas clínicas y de laboratorio que eran menester. Había que encontrar alguna vía para llegar al renuente Enemías. Las ofertas, rogativas y conminaciones habían resultado ser inefectivas. De pronto, el Ministro de Justicia tuvo una ocurrencia y se puso en comunicación con el Presidente de la República. Al día siguiente apareció publicado en el Diario Oficial un Decreto Supremo, según el cual, Enemías pasaba a ser Patrimonio de la Nación y Sujeto Raro en Peligro de Extinción. Decreto en mano, se personó a la residencia de los Robles el Prefecto del Departamento, con la debida escolta policial, y entregó a los padres el documento expropiatorio. Después de una acalorada discusión que motivó que una muchedumbre de curiosos se aglomerase frente a la casa y, bajo protesta de la familia, Enemías Robles fue removido de su hogar y trasladado al hospital de la ciudad, donde fue puesto, bajo estrictas medidas de seguridad, a disposición de los científicos internacionales.

Un día les tomó a los especialistas salir de su asombro y un minuto cubrirse de vergüenza a las autoridades del país. Los primeros se dedicaron a realizar las pruebas de rigor para obtener un verdadero cuadro clínico del estado de Enemías y, con los resultados en mano, llegaron a la conclusión de que no estaba en estado grávido sino que

sufría de hepatomegalia; una condición que afecta el hígado e inflama el vientre producto del exceso de pastillas que ingería para calmar los malestares comunes. Una vez se supo la noticia, las autoridades no sabían dónde meterse, pues se convirtieron en el blanco de las burlas del pueblo, los chistes y bromas iban y venían a sus costillas y; lógicamente, buscaron un chivo expiatorio. Se acordaron del médico Junchaya, quien fue arrestado de inmediato y acusado de impericia médica.

De la investigación se descubrió que no era graduado de ninguna facultad de medicina ni mucho menos; que más bien era un curandero a quien conocían en la zona de Cachiche como el “médico brujo”, lo que motivó que se le añadiese el cargo de falsa representación, con lo que se soliviantó el pueblo. Bajo fuerte interrogatorio, Enemías declaró que la noche de Año Nuevo estuvo bebiendo hasta embriagarse y que sólo recordaba que alguien le dijo que “iba a ponerse barrigón” de tanta cerveza que tomaba. Confesó también que era un usuario consuetudinario de analgésicos y laxativos ya que padecía de dolores de cabeza y estreñimiento crónico.

Los extranjeros regresaron a sus respectivos países después de haber conocido un rincón muy especial del Perú y la picardía de sus gentes. Se llevaron también una sonrisa burlona de ellos mismos por el chasco de haber creído lo increíble. Mientras, en el Perú, el pueblo estaba de fiesta y la alegría se desbordaba en el ingenio popular gracias al ridículo que hicieron las autoridades y que colmó la copa cuando, recriminándose unos a otros, desataron una “cacería de brujas”. Y para recordar el suceso, el pueblo decidió erigir la estatua de una bruja sobre un tronco de huarango a la entrada de Cachiche, sin imaginar que al hacerlo, hacían justicia a los primeros pobladores y a los colonos cruelmente desterrados.